

Crisis agroalimentaria y desafíos de la Historia Agraria

Manuel González de Molina
Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

RESUMEN

En este texto se parte de la actual crisis del sistema agroalimentario para resaltar la contradicción cada vez más importante entre la realidad y su necesaria transformación y la narrativa que aún predomina en el seno de la Historia Agraria. Se profundiza en algunas razones de fondo que explican esta contradicción y que tienen que ver, por un lado, con la falta de actualización de la narrativa propia de la segunda mitad del siglo XX, demasiado centrada en el crecimiento económico, y con que los desafíos teóricos y metodológicos que la realidad plantea no han sido asumidos del todo en el seno de la historiografía agraria en España. El artículo reivindica la necesaria renovación del discurso historiográfico a partir de un cambio teórico y epistemológico, en concordancia con los avances que se han producido en la ciencia contemporánea, especialmente en el ámbito de las llamadas "ciencias de la sustentabilidad". Finalmente reivindica un tipo de narrativa que coopere en la resolución de los problemas reales que tiene planteados el mundo rural, otorgándole una dimensión práctica o aplicada al conocimiento histórico.

PALABRAS CLAVE: Historia Agraria; Sostenibilidad; Complejidad; Crisis Agroalimentaria.

ABSTRACT

The Crisis of Agri-Food System and the Challenges of Agricultural History

The crisis of Agri-Food System is the start point for analysing the contradictions between a need of transformation reality and the dominant narratives inside the Agricultural History field. It delves into some underlying reasons that explain this contradiction and which deal, first, with the lack of updating own narrative of the second half of the twentieth century, too focused on economic growth, and, on the other side, with the challenges theoretical and methodological reality raises have not been made entirely within the agrarian historiography in Spain. The article claims the necessary renewal of historiographical discourse from a theoretical and epistemological change in line with advances that have occurred in contemporary science, especially in the field of so-called "Sustainability Science". Finally it is claimed a narrative that cooperates in real rural problem resolving and in the historic knowledge.

KEYWORDS: Agricultural History; Sustainability; Complexity; Crisis of Agri-Food System.

 Artículo recibido el 4 de junio y aceptado el 30 de julio de 2014.

Introducción

En un reciente texto, publicado en la web de la SEHA con el fin de iniciar entre los asociados un debate sobre la situación de la Historia Agraria en España, defendí que la historiografía agraria española se encuentra sumida en una crisis profunda de identidad que afecta, incluso, a su viabilidad futura¹. Tras décadas de protagonismo indudable, ha perdido la relevancia social y política que tuvo para convertirse en un campo de investigación con cada vez menos practicantes, poco atractivo para las nuevas generaciones. Pueden argüirse muchas razones para el fenómeno. El peso abrumador que en otro tiempo tuvo el sector agrario en la economía y en la sociedad española se ha reducido considerablemente. Apenas supera ya el 2,7% del PIB (2010) y proporciona poco más del 4,4 % del empleo; cifras que contrastan con las de hace cuarenta años, cuando daba ocupación directa a casi la tercera parte de la población. Las claves simbólicas y cognitivas de la sociedad española apenas tienen ya referencias rurales. España se ha hecho definitivamente urbana, ha perdido su tradicional carácter agrario, incluso en el medio rural, donde la agricultura no constituye ya ni la única ni muchas veces la principal actividad. La importancia de la propiedad de la tierra como condicionante de la distribución de la renta se ha “diluido”².

Pero, la crisis tiene, desde mi punto de vista, causas más profundas, que afectan al conjunto de la historiografía dominante en la segunda mitad del siglo XX. La crisis es de naturaleza multidimensional y afecta a la propia esencia del discurso histórico, a sus contenidos, a sus vehículos de expresión y a la función social de la historia. Sobre esto ya he escrito en otro lugar y no voy a repetirlo

aquí³. Me quiero centrar en este texto en las razones de fondo que explican el desajuste entre lo que ocurre hoy en el mundo rural y el relato que aún sigue predominando sobre su evolución reciente. Este relato ha perdido buena parte de su capacidad explicativa y resulta poco útil no sólo para entender los procesos sociales que acontecen en este ámbito aún fundamental en nuestra sociedad, sino -lo que es aún más grave- para dotar de nuevo a la Historia Agraria de una mínima utilidad social que garantice su futuro. La segunda parte de este texto plantea algunas tareas imprescindibles para llevar a buen puerto el necesario cambio de rumbo.

Una realidad agroalimentaria en crisis estructural

El planeta se enfrenta a una severa crisis del sistema agroalimentario, una crisis de naturaleza estructural, causada por la creciente competencia entre los distintos usos que se debe dar a las tierras productivas; tierras cuyo *stock* es limitado y cuya disponibilidad *per cápita* disminuye de manera inexorable al ritmo que la población y los niveles de consumo agroalimentario aumentan. Una crisis motivada también por alta dependencia que el modelo de agricultura mantiene respecto a unos combustibles fósiles cada vez más escasos y caros y por la alta vulnerabilidad que exhibe ante los cada día más desastrosos impactos de cambio climático en curso. Los hábitos alimentarios de los países ricos, con una tendencia hacia el consumo desproporcionado de carne y productos lácteos, desvían grandes cantidades de cereales del consumo humano de aquellas áreas donde más se necesita hacia la alimentación del ganado, perpetuando el

¹ <http://www.seha.info/7/Repensar_la_Historia_Agraria.pdf>.

² Eso no quiere decir que la “Cuestión Agraria”, aquella que puso en el centro de las reivindicaciones sociales la reforma agraria, haya dejado de tener sentido. Se ha metamorfoseado en una nueva cuestión agraria en la que han aparecido nuevos problemas y retos que afrontar: nuevas formas de expresión de la desigualdad en la agricultura, diversas maneras de privatización de la renta agraria, la propia redefinición del papel de la agricultura en el desarrollo económico de cada país, etc. Retos y problemas que han escapado del relato predominante en la Historia Agraria.

³ Vid. M. González de Molina y V. Toledo (2011).

hambre, la desnutrición y elevando los precios de tal manera que los alimentos básicos se convierten en inaccesibles para los más pobres⁴.

El sistema agroalimentario mundial es hoy incapaz (Dixon, Gulliver y Gibbon, 2001, p. 2), pese a que hay materia prima para ello, de alimentar a la humanidad, ha progresado poco en la erradicación de la pobreza rural y comienza a dar evidentes signos de agotamiento (FAO, 2007). Por otro lado, el funcionamiento de los mercados y el papel subordinado que juega la actividad agrícola en el crecimiento económico, han provocado una acusada pérdida de rentabilidad. Según la FAO, los precios reales de los principales productos agrarios han disminuido en un 50% desde 1983 (FAO, 2007). Esa caída es causa de abandono en los países ricos y de hambre, emigración a las ciudades y pobreza en los países pobres. Paradójicamente, los precios han experimentado una importante subida en los tres últimos años. El aumento sostenido del consumo de grano, el aumento del consumo de carne sobre todo en Asia, el aumento del precio del petróleo y la escasez de tierra que se ha puesto de manifiesto con la expansión del cultivo de agrocombustibles, son expresión de la crisis estructural del sistema agroalimentario mundial. Sobre la creciente escasez se ha tejido, además, una tupida red especulativa que ha agudizado aún más la tensión inflacionaria.

Los desequilibrios tradicionales de producción entre países, la distribución desigual de la tierra y el control de los mercados agrícolas mundiales por las grandes multinacionales agroalimentarias y los grandes bancos han convertido la inseguridad alimentaria, el hambre endémica y la pobreza de vastas zonas rurales del planeta en una característica estructural del sistema agroalimentario mundial. Al mismo tiempo, el modelo tecnológico de la agricultura intensiva que surgió después de la Segunda Guerra Mundial y que dio origen a la llamada Revolución Verde está agotado. No puede

mantener el crecimiento de la producción agrícola o hacerlo sin degradar los recursos naturales y es, en general, poco saludable debido a que contamina los productos alimentarios y es causa de enfermedades degenerativas, sin por ello garantizar los ingresos de los agricultores o el mantenimiento de sus puestos de trabajo. A ello contribuye el propio modelo predominante, la agricultura química, al provocar impactos ambientales muy profundos que están disminuyendo –y lo harán de manera más grave en el futuro- la capacidad de los agroecosistemas de producir alimentos y materias primas y de ofrecer servicios ambientales.

El predominio de un relato anacrónico

Pese a lo evidente de la crisis, la narrativa que siguen produciendo los historiadores habla de los “logros” del crecimiento agrario y de lo benéfico de este modelo de desarrollo para resolver los problemas alimentarios. El relato se completó y adquirió toda su funcionalidad durante la segunda mitad del siglo XX, cuando la agricultura comenzaba a industrializarse y las tecnologías de la Revolución Verde se estaban difundiendo por todo el planeta. Convenía entonces preguntarse por los obstáculos que las “estructuras agrarias tradicionales” oponían al crecimiento económico y a la modernización, surgiendo así la dialéctica atraso *versus* modernización que protagonizó no pocas investigaciones. La misión de los historiadores agrarios consistía en medir el crecimiento agrario y valorar si el sector había cumplido o no con el papel (generalmente subordinado) que las teorías económicas le habían asignado. En el caso de España y a la vista del desfase con otras agriculturas occidentales, el “atraso del mundo rural” se convirtió en el eje central del quehacer de los historiadores agrarios y la distribución de la propiedad de la tierra en uno de sus

⁴ Una descripción completa y bien documentada de la crisis del sistema agroalimentario mundial puede encontrarse en IAASTD (2009).

factores con mayor fuerza explicativa. La llamada "cuestión agraria" ocupó así un lugar central en los relatos sobre el pasado de la agricultura española y del mundo rural.

Pero este relato, aún dominante, no es capaz de dar cuenta de la crisis estructural que se ha descrito en el epígrafe anterior. Fruto de ello es la fragmentación sufrida por la propia Historia Agraria en historias aparentemente diferentes: rural, agraria, de la agricultura, etc., que no tienen más fundamento que su incapacidad para construir un relato unificado de los fenómenos más significativos ocurridos en el sector agrario y de su relación con los urbanos, es decir, de cómo se ha llegado a la situación actual. Muchos son los historiadores que han dejado este campo para ocupar otros más confortables, al resguardo de la postmodernidad y en concreto del giro culturalista que nos invade. Especialmente intensa está siendo la crisis entre los historiadores económicos, muchos de los cuales han abandonado el estudio del sector agrario, quizá influidos por la ortodoxia neoclásica que le otorga un papel ya casi residual en el crecimiento económico postindustrial, en una economía globalizada en la que los "servicios" han pasado a ser el motor preferente del desarrollo.

Preguntas tan básicas como si el sistema agroalimentario ha sido capaz de alimentar al mundo o si ha proporcionado la renta suficiente para garantizar una vida digna a los agricultores o si mantiene la salud de las personas y de los ecosistemas, siguen fuera del foco de interés de los historiadores agrarios. Salvo excepciones, la pregunta clave está pendiente de contestar: si este modelo de agricultura se puede mantener indefinidamente.

La renovación del discurso de la Historia Agraria y del instrumental para construirlo se impone. Dos aspectos hacen urgente esta tarea: la necesidad imperiosa de integrar en el discurso los aspectos ambientales y la conveniencia de entender la actividad agraria como algo más que una actividad económica que produce alimentos y materias primas, valorándola también como aquella que ofrece servicios ambientales imprescindibles para el sostenimiento de la actividad humana. Este nuevo enfoque de lo agrario,

que se está imponiendo en otros ámbitos de la ciencia, constituye un elemento imprescindible para la construcción de un nuevo relato más contemporáneo, más adaptado a las condiciones propias de una sociedad que ya no es la del siglo XX.

Su necesidad se ve reforzada, además, por la aguda crisis de identidad que atraviesa el conjunto de la historiografía moderna, motivada tanto por la obsolescencia de los supuestos epistemológicos, axiológicos y de las propias metateorías en las que ha basado su quehacer, como por el cambio en la función social del discurso histórico y del sujeto que lo elabora. Es una crisis sistémica que refleja estos tiempos de crisis civilizatoria y de mudanza histórica. Las grandes certezas de la modernidad han dado paso a las incertidumbres de hoy, dejando los relatos sobre el pasado que las legitimaban sin la necesaria conexión con el presente.

Una renovación necesaria del discurso

Sin duda, la actual crisis económica va a desembocar en una nueva configuración civilizatoria de nuestra sociedad que exigirá nuevas interpretaciones del pasado. Es necesario, pues, que la Historia Agraria se dote de otro paradigma interpretativo que dé sentido al relato que elabora, que sustituya al viejo paradigma económico del crecimiento y del bienestar material por otro más contemporáneo que enfoque los fenómenos agrarios desde una perspectiva más integral, que tenga en cuenta no sólo las magnitudes monetarias o agronómicas por separado, sino que articule unas y otras con las sociales, políticas y ambientales en una perspectiva holística. Ello significa renovar su axiomática, buena parte de sus contenidos, redefinir su función social y el perfil de los historiadores para que cooperen con otros científicos en el estudio transdisciplinar del sector agrario. En esa tarea, se debe buscar un soporte teórico y metodológico que suponga una alternativa real a la historia agraria tradicional, demasiado vinculada a los relatos de la modernidad industrialista.

La nueva Historia Agraria debe dar respuesta a las limitadas capacidades de las disciplinas convencionales para entender la cada vez más compleja realidad actual. En su devastadora crítica a la ciencia contemporánea, Edgar Morin (2001) ha encontrado en el “paradigma simplificador”, que es un modo de organizar los conocimientos que tiende a reducir la creciente complejidad de la realidad contemporánea, la limitante principal del estilo predominante de realizar la investigación científica. La necesidad de trascender esa “objetividad fragmentada” a través de una explicación multidimensional o integradora ha motivado ya la aparición de nuevas propuestas epistemológicas y metodológicas. Dos aportaciones notables son, sin duda, el principio de complejidad de Edgar Morin (2001) y lo que Rolando García (2000 y 2006) ha denominado el estudio de los sistemas complejos.

«Con el principio de complejidad se trata de superar el conocimiento en mundos separados propio de la “ciencia clásica”, [donde]... ni las ciencias del hombre tienen conciencia del carácter físico y biológico de los fenómenos humanos, ni las ciencias de la naturaleza tienen conciencia de su inscripción en una cultura, una sociedad, una historia, ni de los principios ocultos que orientan sus elaboraciones» (Morin 1984, p. 43).

De esta forma una “ciencia con conciencia”, como le denomina Morin, será aquella que logre trascender (sin abolirlos) los distintos campos de las especialidades. Ello obliga a plantear una estrategia de investigación que no puede quedar limitada a la simple “suma” de los enfoques parciales de los distintos especialistas, sino que debe constituir una verdadera interpretación sistémica que dé lugar a un diagnóstico integrado.

La nueva Historia Agraria debe ser un campo donde confluyan, pues, las ciencias naturales y las ciencias sociales con una vocación transdisciplinar. El historiador debe familiarizarse con las teorías, las categorías y los métodos de ambas ciencias, partiendo de un enfoque holístico y sistémico. Los propios avances de la ciencia han superado la virtualidad cognitiva del paradigma newtoniano que creía posible el estudio parcelado de fenómenos específicos, desconectados de su universo de relaciones, para después

conectarlos con otros en una especie de relación causal pura. En nuestro mundo, todos los fenómenos están conectados mediante una amplia y compleja red de relaciones mutuas que los convierten en interdependientes en el seno de un proceso dinámico de evolución constante.

El proyecto historiográfico de la modernidad se fundamentó en una lectura laica del “sentido de la historia” propio del cristianismo y encarnado en la progresiva realización de la razón (Arostegui, 1995; Hernández Sandoica, 2004). El devenir histórico seguía una trayectoria única, diseñada por la ciencia y sus aplicaciones y, por tanto, trazada por la razón. La misión de hombre moderno consistía en acelerar el mecanismo de la evolución sirviéndose de la propia Naturaleza para conseguir el máximo bienestar. El progreso se materializaba, pues, en el logro de la abundancia material mediante la utilización de la ciencia y de la tecnología. Todos aquellos comportamientos económicos, sociales, políticos o ideológicos que no encajaban en esta gran teoría de la modernización eran condenados a una alteridad en la que se mezclaban la consideración premoderna de quienes así actuaban, con el rechazo moral, la curiosidad o la calificación de exotismo. Los campesinos, los indígenas, los países pobres, las culturas no occidentales... formaban parte del repertorio premoderno de unas sociedades que más tarde o temprano alcanzarían la senda del progreso. Su presencia delataba el grado de lejanía del objetivo.

La historia no tiene por qué tener un sentido determinado ni el discurso histórico una lógica evolutiva finalista o teleológica. No obstante, la Historia Agraria debe encontrar su “sentido” en la elaboración de un discurso en cuyo centro se sitúa la preocupación por la sustentabilidad. Ello no quiere decir que se ocupe solamente del mundo físico y biológico o de las limitaciones ambientales de la acción humana, pero debe poner en el centro de sus preocupaciones el tiempo que un arreglo social o económico puede mantenerse sin poner en peligro la base misma de los recursos sociales y ecológicos que lo sustentan. Frente a la irresponsabilidad física de la historia tradicional, donde los límites

físicos no tenían cabida, la Historia Agraria debe preguntarse por la sustentabilidad, en su acepción tanto social como ambiental. Al hacerlo, se vuelve una ciencia comprometida con la construcción de una “sociedad sustentable” (Toledo, 2003) y adquiere de nuevo la dimensión práctica y de utilidad social que ha perdido.

No debe perseguir la “verdad de lo que ocurrió” sino producir un conocimiento de calidad, esto es, un conocimiento definido por la utilidad social. Debe historiar el pasado, pero es tarea acuciante la de historiar el presente, esto es, buscar las raíces históricas de los principales problemas del momento. Porque la utilidad del conocimiento histórico no puede residir en la ambición inalcanzable de narrar todo lo sucedido, sino la provisión de una adecuada genealogía del presente, buscando las explicaciones y las experiencias que den sentido a la realidad, que permitan entenderla y que hagan posible pensar el futuro con la mínima entropía física y social. «El objetivo, dice Castel (2001, p. 69), no es decirlo todo, en el caso de que decirlo todo fuese una exigencia de la metodología histórica, sino que se trata de elegir bien». En ese sentido, el discurso histórico, en tanto que conocimiento útil, debe ponerse al servicio del objetivo que parece hoy más urgente desde el punto de vista de la humanidad -no de un país o de una clase social-, la reversión de la crisis ambiental.

Se trata de construir un relato que tenga principio, trama y fin o moraleja. No se trata de contar lo que ocurrió. Eso es absurdo, invertiríamos demasiado tiempo en una tarea que es por naturaleza imposible. Se trata de construir un relato que simplifique y haga comprensible lo sucedido. Un relato sujeto a interpretaciones posteriores y, sobre todo, ajeno a cualquier relación de causalidad, propia de la historiografía más convencional. Pluralidad de causas se pueden argüir con la finalidad no de definir el hecho histórico sino de explicarlo. En ese sentido, el discurso histórico produce un conocimiento que es, a su vez, radicalmente histórico. Parafraseando a Funtowicz y Ravetz (2000, p. 23), diríamos que el conocimiento histórico no progresa, sino que evoluciona. La evolu-

ción no tiene que conducir necesariamente al progreso -la complejidad no es progreso-, está marcada por la incertidumbre y el riesgo, reflejo de la indeterminación entrópica (Georgescu-Roegen, 1971).

La tarea de dotar de una nueva axiología al discurso histórico resulta esencial. Una nueva axiología que arrumbe la mayoría de los presupuestos metacientíficos que subyacen en las obras de síntesis y en los manuales de historia, e incluso en buena parte de la investigación que se recoge en monografías y artículos de revista. Entre esos supuestos, algunos que “imprimen carácter”, asociados íntimamente a la civilización industrial con la que nacieron y se consolidaron: antropocentrismo, progreso ilimitado, etnocentrismo, tecnocentrismo, superioridad de lo económico o material, etc., que han sido señalados corresponsables de la crisis civilizatoria. No es infrecuente encontrarse aún con comentarios acerca de la necesidad de dominar la naturaleza para conseguir el desarrollo y el bienestar humano; o se da por supuesta, cuando no se reconoce abiertamente, la superioridad de la cultura occidental sobre otras culturas, vinculando a ella por ejemplo las conquistas democráticas o los avances científicos; culturas a las que se considera incapaces de alcanzar un mínimo civilizatorio, defendiendo sin empacho una concepción etnocéntrica de la historia.

Quizá la noción de “progreso ilimitado” sea la que resulte más difícil de desterrar de los libros de historia, quizá porque otorgue el sentido que la religión introdujo en el estudio del tiempo, cuando éste estaba en manos de teólogos. De tal manera que la idea del tiempo, encarnada en una concepción lineal y progresiva del mismo, sigue traduciéndose en el principio incuestionado del aumento de la riqueza material como expresión del progreso. La propia dinámica del crecimiento económico, su tendencia al aumento de la base física de la economía, la necesidad de expandir el consumo para su propia existencia y su materialización en un bienestar identificado con la posesión de bienes materiales, han convertido la idea de progreso en una “evidencia social” al margen de cualquier cuestionamiento. Sin em-

bargo, la crisis ecológica o el peligro nuclear, la imposibilidad de generalizar el bienestar a toda la especie humana, la regresión más que el desarrollo que vienen experimentando muchos países del tercer mundo en las últimas décadas, el escepticismo respecto a que la humanidad vaya realmente en la buena dirección (si es que ésta existe), han acabado reforzado el rechazo al evolucionismo lineal que caracterizó no sólo a muchas de las "utopías racionales" de la modernidad, sino también a muchas teorías sociológicas, económicas y, por supuesto, históricas. En definitiva, cualquier discurso histórico renovado debe replantearse los objetivos que han presidido hasta hoy el quehacer de los historiadores. La creación de riqueza o el crecimiento económico de las naciones, su desarrollo tecnológico, o la igualdad social han constituido el objeto de estudio principal de la historiografía. Son éstas aspiraciones legítimas. Pero la historiografía agraria debe ocuparse también de si el logro de tales aspiraciones se ha hecho sin poner en riesgo su sustentabilidad.

La dimensión práctica de la Historia Agraria

Es bien conocido por los filósofos de la ciencia que ésta consiste en un conjunto de actividades o intervenciones en el mundo, cuyos objetivos no se circunscriben sólo a la mejora del conocimiento. Es una actividad que modifica y transforma la realidad, puesto que se trata de conocer para modificar o transformar incluso radicalmente aquello que se conoce. La ciencia ha dejado de ser una filosofía "pura" para convertirse también en una filosofía "práctica" (Echeverría, 1995, p. 39). En ese sentido, el discurso histórico posee una innegable utilidad social: la de hacer accesible el pasado. No es un ejercicio meramente literario, tiene un sentido pedagógico a la vez que práctico, en tanto modelador del futuro. El discurso histórico debe servir no sólo para comprender el pasado, sino también para explicarlo. Explicarlo para cambiar las cosas, para corregir el curso de las mismas. La explicación es el principio del entendimiento y ello permite

el desarrollo del aprendizaje, de ahí su función pedagógica que es la que tiene también la memoria social.

La memoria constituye el mecanismo decisivo que hace consciente al individuo de su propia identidad, pero también la herramienta que, a través del recurso de lo vivido, le ayuda a decidir antes opciones alternativas. Lo mismo cabría decir de la historia como memoria colectiva del grupo. La Historia Agraria debe desempeñar también ese papel de memoria de especie, donde se almacenen las experiencias útiles que el conjunto de la humanidad ha ido desarrollando a lo largo de la historia en su relación con el medio ambiente. Su utilidad social es indudable (Margalef, 1995; Hughes, 2002); en un momento como el actual en que lo que se reclama tanto de las ciencias sociales como de las naturales es que contribuyan a la reversión de la crisis ecológica. En esa medida, la historia adquiere una dimensión práctica indudable: aspira a construir un relato que forme parte de los flujos de información que reviertan el alto grado de entropía que el régimen metabólico industrial está provocando tanto en nuestro medio ambiente como en el funcionamiento de nuestra sociedad. Es esta la Historia Agraria del siglo XXI, socialmente comprometida, la que reivindicamos.

Por tanto, la Historia Agraria no es un conocimiento que concierne únicamente a la Academia, tiene una dimensión aplicada que otorga al discurso una nueva funcionalidad social. Por ejemplo, el estudio del pasado puede ocupar un lugar muy importante en el correcto enfoque de los problemas ambientales e incluso en el diseño de alternativas sustentables. Esta utilidad rompe con la idea de que la historia es un saber humanístico que contribuye a fortalecer la identidad de un país o de un colectivo social o simplemente a ensanchar su cultura, pero nunca a solucionar problemas concretos. El conocimiento histórico, que es un conocimiento que pone su acento en la dimensión tiempo y por tanto en el cambio, puede cooperar con otras disciplinas en la búsqueda de soluciones inmediatas al presente. Como se ha dicho, la dinámica de los ecosistemas sociales no puede entenderse al margen de

su evolución histórica. Su reconstrucción resulta una herramienta útil para diagnosticar correctamente su estado: la fijación en el tiempo de los cambios más decisivos y la búsqueda de factores de diversa índole que los expliquen, puede contribuir a un diagnóstico correcto de las patologías socioambientales y a la búsqueda de soluciones eficientes. Esta idea de un conocimiento aplicado aboca necesariamente a la rotura de la parcelación del conocimiento y a la transdisciplinariedad.

La fundamentación de esta dimensión aplicada de la historia es sencilla: el estudio histórico de los sistemas agrarios proporciona información sobre su estructura, funcionamiento y sus diferencias espacio-temporales. Puede mostrar, por ejemplo, las diferencias entre las agriculturas de base orgánica -ya sean tradicionales o actuales como la agricultura orgánica- y agriculturas industrializadas. Pero no sólo eso, proporciona también información acerca de cómo se produjo la industrialización de la agricultura y, en consecuencia, cómo ha de producirse una nueva transición hacia una agricultura más sustentable.

El análisis histórico se puede convertir, además, en un instrumento agroecológico que rescate conocimientos sobre el manejo de los sistemas agrarios que sean útiles y que puedan servir de base para el diseño de manejos sustentables. Un instrumento imprescindible cuando analizamos agroecosistemas fuertemente antropizados, en los que se han producido graves y profundas transformaciones y las formas de manejo tradicionales han desaparecido prácticamente, como es el caso de los agroecosistemas europeos. Cuando el conocimiento tradicional y la racionalidad que lo guía han desaparecido, la Historia Agraria como disciplina científica se convierte en un instrumento necesario para recuperar y recrear, sobre nuevas bases tecnológicas y culturales, formas de manejo que en otro tiempo fueron sustentables y aprender de los errores cometidos a lo largo del tiempo.

REFERENCIAS

- ARÓSTEGUI, J. (1995). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica.
- CASTEL, R. (2001). Presente y genealogía del presente. Pensar el cambio de una forma no evolucionista. *Archipiélago*, 47, 67-74.
- DIXON, J.; GULLIVER, A. y GIBBON, D. (2001). *Sistemas de producción agropecuaria y pobreza. Cómo mejorar los medios de subsistencia de los pequeños agricultores en un mundo cambiante*. Roma: FAO.
- ECHEVERRÍA, J. (1995). *Filosofía de la ciencia*. Madrid: Akal.
- FAO (2007). *SOFA (The State of Food and Agriculture [El estado mundial de la agricultura y la alimentación])*. Roma: FAO.
- FUNTOWICZ, S. y RAVETZ, J. R. (2000). *La ciencia postnormal*. Barcelona: Icaria.
- GARCÍA, R. (2000). *El Conocimiento en Construcción*. Barcelona: Gedisa.
- GARCÍA, R. (2006). *Sistemas complejos. Conceptos, métodos y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1971). *The Entropy Law and the Economic Process*. Massachusetts: Harvard University Press.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. y TOLEDO, V. M. (2011). *Metabolismos, naturaleza e historia. Una teoría de las transformaciones socio-ecológicas*. Barcelona: Icaria.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (2004). *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Madrid: Akal.
- HUGHES, D. (2002). The Nature of Environmental History. *Revista de Historia Actual*, 1(1), 13-21.
- IAASTD (2009). *Agriculture at a Crossroads Global Report*. Washington DC: International Assessment of Agricultural Knowledge, Science and Technology for Development.
- MARGALEF, R. (1995). La ecología, entre la vida real y la física teórica. *Investigación y Ciencia*, 225, 66-73.
- MORIN, E. (1984). *Ciencia con Conciencia*. Barcelona: Anthropos.
- MORIN, E. (2001). *Introducción al Pensamiento Complejo*. Barcelona: Gedisa.
- TOLEDO, V. M. (2003). *Ecología, Espiritualidad, Conocimiento: de la sociedad del riesgo a la sociedad sustentable*. México: PNUMA y Universidad Iberoamericana.